

EN LA CASA DE ORATES

La semana última hemos hecho una visita a la Casa de Orates. Ha sido una visita penosa, «alegremente» penosa...

Nos apersonamos al Inspector General del establecimiento señor Abraham Gómez Ríos y le manifestamos nuestro propósito. El señor Gómez con exquisita amabilidad se dispuso a acompañarnos dándonos toda clase de facilidades para obtener la información gráfica que ilustra estas páginas.

Atravesando una serie de pasadizos y galerías donde se nota una limpieza escrupulosa nos condujo a la sección del pensionado para hombres.

—Para que ustedes se formen una idea de lo que es el establecimiento, nos dijo, les manifestaré que en la actualidad hay en él 1,881 alienados.

Al atravesar una especie de «hall» nos encontramos con los primeros «enfermos». Unos leían, otros se entregaban a divagaciones ridículas y algunos se paseaban en actitud solemne sumidos en hondas meditaciones.

Varios de ellos se aproximaron al fotógrafo solicitando instantáneas y no faltó uno que nos hiciera una indicación curiosa.

—Tomen ustedes, nos dijo gravemente, una vista del San Cristóbal, en este momento está lleno de gente...

El señor Gómez nos hizo un guiño significativo y nos condujo a un gran salón amoblado con severa elegancia.

—Aquí se entretienen los pensionistas. Como usted ve hay piano, billar, dominó, juego de damas y todo lo que pueda proporcionarles un pasatiempo agradable.

Por una ventana del salón se divisaba un patio extenso. A lo largo de un corredor un mozo joven, de aspecto simpático, se paseaba, gesticulando y haciendo curiosos aspavientos con sus brazos.

Uno de los enfermos que nos acompañaba se nos aproximó y señalándole nos dijo:

—¡Está loco de remate!...

Tuvimos que reprimir una carcajada.

Del salón pasamos a un amplio comedor; era la hora de almuerzo y salvo una que otra mesa vacía, las demás se encontraban ocupadas por «enfermos» que comían silenciosamente.

Nuestra presencia ni siquiera les causó sorpresa; quizás nos tomaron por algunos «locos» recién ingresados al establecimiento.

Un individuo, chico y calvo, se puso de pie y se adelantó a saludarnos con afectuosa solicitud.

El señor Gómez le preguntó por un sacerdote que se encuentra hace tiempo con sus facultades mentales perturbadas.

—Es un personaje curioso, nos dijo, le agrada ver a

los periodistas. El amable «enfermo» le replicó con viveza:

—¡Ah! sí... ese la ha tomado conmigo. Figúrese que ahora no quiere venir al comedor porque dice que ha cre-

cido como una cuarta... y no cabe en él. Y luego que se lleva en discusiones ridículas... ¡Claro como está «loco» el pobre!

El señor Gómez se sonrió y atravesando el comedor nos condujo a una pequeña sala donde se encontraba almorzando el sacerdote.

A nuestra vista se nos presentó un anciano gordo, de regular estatura, enfundado en un largo sobretodo negro. En la mano tenía un pequeño plumero de papel con el cual se espantaba las moscas.

Al querer estrecharle la mano se excusó. Luego se engolfó en una charla

complicada e ininteligible con el señor Inspector.

—¿Y por qué no va usted al comedor?

—Porque aquí estoy más tranquilo. Hablan tantas



El taller donde trabajan los alienados.



«Chachi-vaina», uno de los tipos más populares del establecimiento.

herregís esos «locos» y uno tiene que defender su investidura. Aquí no molestan más que las moscas.

En este momento entró el fotógrafo. Al verlo el sacerdote



La cocina general del establecimiento.



El gran parque de la Casa de Orates.

se tapó la cara con la servilleta que tenía anudada al cuello. —No, eso sí que no, exclamó airado, esta es una visita impolítica.

Salimos para calmar su irascibilidad. En seguida visitamos un dormitorio del pensionado.

En dos largas filas se veían las camas alineadas con la prolijidad que se gastan los militares en una «cuadra» de cuartel. Muchas ventanas, limpieza y orden por todas partes. El piso lustroso, reluciente como un espejo.

De arriba, de una hermosa galería se divisaba un pequeño parque verde-guante y florido por cuyos senderos pasaban grupos de alienados.

Es un establecimiento inmenso, una pequeña ciudad, casi alegre, si no fuera por el aspecto de sus habitantes. Es un eterno destile de caras tristes y pálidas donde se retratan los detalles característicos de la degeneración. Ojos sin expresión, de mirada vaga y turbia; bocas que se pliegan en un rictus amargo.



Un comedor del pensionado a la hora de almuerzo.

en el gran parque estilo inglés del establecimiento. Los jardines cuidados por los mismos alienados son hermosos. Puede competir con ventaja con cualquiera de nuestros parques públicos.

Un loco pasó a nuestro lado haciéndonos una reverencia. El señor inspector le llamó:

—Ven «Cachi-vaina».

Al principio nos miró con desconfianza y quiso seguir su camino:

—¿Quiere reirse de mí?

Luego volviéndose al fotógrafo exclamó:

—Es bien parecido el señor a D. Germán Riesco, ministro de Obras Públicas y Presidente de la Provincia de Santiago.

—Y al señor, le dijo el señor Gómez, señalándole a uno de nuestros redactores, ¿le conoces?

—Como no, pues, señor, si vive en la calle Basculán afuera, al lado de un despacho y de una casa de zinc. No lo he de conocer cuando es casado con una hija de un peluquero peruano...

En seguida nos cantó una graciosa tonada popular y al pedirle se dejara fotografiar se colocó en «pose» altanera para que no lo confundiesen con un agente de policía.

Una de sus obsesiones era el depósito donde se colocan a los alienados que fallecen en el establecimiento. Su charla incoherente, lejos de hacernos gracia, nos causó una sensación de penoso malestar.

En otro patio divisamos a un individuo de «colero» y flor en el ojal que leía un periódico. Era el «fatal Aravena», su manía consistía en enamorarse de todas las mujeres.

Por uno de los bolsillos de su paletó asomaban varios pares de guantes de diversos colores. Era un lutre de caricatura.

La hora poco oportuna nos impidió visitar la sección de mujeres; será motivo de una nueva información.

X



El «fatal Aravena»... tenorio incorregible.

Del pensionado pasamos a un patio de los enfermos indigentes. Sus uniformes listados, a rayas blancas y negras, le dan aspecto de reos condenados a trabajos fgr-



Una de las habitaciones de los enfermos del pensionado.



El nuevo parque del pensionado.